

# LA FURIA DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

## LA FURIA DE SHARPE

Richard Sharpe y la batalla de Chiclana, marzo de 1811

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Fury*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: septiembre de 2022

© Bernard Cornwell, 2006  
© de la traducción: Montserrat Batista, 2008  
© de la presente edición: Edhasa, 2008, 2022  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6175-9

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 14795-2022

Impreso en España

*La furia de Sharpe* va dedicada a Eric Sykes

PRIMERA PARTE  
EL RÍO

## CAPÍTULO 1

Siempre estabas cerca del mar. En Cádiz lo percibías continuamente, con un olor casi tan intenso como la hediondez de las aguas residuales. En el sector meridional de la ciudad, cuando el viento del sur soplaba con fuerza, las olas rompían contra el malecón y rociaban los postigos de las ventanas con un golpeteo. Tras la batalla de Trafalgar, las tormentas habían azotado la ciudad durante una semana y los vientos llevaron el rocío del mar hasta la catedral derribando los andamios de su cúpula inacabada. Las olas habían cercado Cádiz y los fragmentos de barco traqueteaban contra las piedras; luego llegaron los cadáveres. Pero de eso hacía ya casi seis años y ahora España luchaba en el mismo bando que Gran Bretaña, aunque Cádiz era lo único que quedaba de España. El resto del país o bien estaba gobernado por Francia o bien no lo gobernaba nadie. Los guerrilleros rondaban las montañas, la pobreza reinaba en las calles y España entera se hallaba postrada.

Febrero de 1811. Era de noche. Otra tormenta batía la ciudad y unas olas terribles se estrellaban, blancas, contra el malecón. En la oscuridad, el vigilante veía las explosiones de espuma que le recordaban al humo de pólvora de los cañones. La violencia tenía la misma incertidumbre. Justo cuando pensaba que el oleaje ya no podía empeorar, varias olas estallaron de repente; el agua blanca afloró por encima del muro como si fuera humareda y el viento arras-

tró el rocío, que acribilló las paredes blancas de la ciudad como si fuera metralla.

El hombre era sacerdote. El padre Salvador Montseny iba vestido con sotana, capa y un ancho sombrero negro que debía sostener contra el embate del viento. De alta estatura, el padre Montseny contaba con treinta y tantos años, y era un predicador furibundo, apolíneo y taciturno que en aquellos momentos aguardaba guarecido bajo un pequeño arco de entrada. Se hallaba muy lejos de su casa. Ésta se encontraba en el norte, donde se había criado como hijo indeseado de un abogado viudo que se deshizo de Salvador enviándolo a un seminario. Se había hecho cura porque no sabía qué otra cosa podía ser; sin embargo, ahora desearía haber sido soldado. Él pensaba que habría sido un buen soldado; no obstante, el destino quiso convertirlo en marinero. Había sido capellán a bordo de un barco español capturado en Trafalgar y ahora, por encima de él, en la oscuridad, volvía a atronar el estrépito de la batalla. El sonido era el ruidoso gualdrapeo de las grandes colgaduras de lona que protegían la cúpula a medio construir de la catedral, pero el viento hacía que las enormes lonas sonaran como cañones. Sabía que aquellas lonas habían sido parte del velamen de la flota de guerra española, pero después de Trafalgar las pocas naves que a duras penas regresaron fueron despojadas de sus velas. En aquel entonces el padre Salvador Montseny se encontraba en Inglaterra. A la mayor parte de los prisioneros españoles los habían desembarcado rápidamente, pero Montseny era el capellán de un almirante y había acompañado a su patrón hasta la húmeda casa rural de Hampshire, donde había visto caer la lluvia, nevar sobre los pastos y donde había aprendido a odiar.

También había aprendido a tener paciencia. Ahora mismo estaba siendo muy paciente. El sombrero y la capa se hallaban empapados y tenía frío, mas no se movió. Es-

peró. Llevaba una pistola al cinto, pero le pareció que la pólvora del cebo se habría mojado. No importaba. Tenía un cuchillo. Tocó la empuñadura, se apoyó en la pared y vio otra ola romper al final de la calle, divisó las gotas a la débil luz de una ventana con los postigos abiertos y entonces oyó los pasos.

Un hombre venía corriendo por la calle Compañía. El padre Montseny esperó, una sombra más entre las oscuras sombras, y vio que el hombre se dirigía a la puerta de enfrente. No estaba cerrada con llave. El hombre entró, el sacerdote se apresuró a seguirlo y abrió la puerta de un empujón cuando el otro fue a cerrarla.

–*Gracias* –dijo el padre Montseny.

Se encontraban en un túnel en forma de arco que conducía al patio. Un farol parpadeaba en una hornacina y el hombre, al ver que Montseny era sacerdote, pareció aliviado.

–¿Vive aquí, padre? –le preguntó.

–Una extremaunción –respondió el padre Montseny al tiempo que se sacudía el agua de la sotana.

–Ah, esa pobre mujer de arriba –el hombre se santiguó–. Hace una noche de perros –dijo.

–Las hemos tenido peores, hijo mío, y ya pasará.

–Cierto –repuso el hombre. Entró en el patio y subió las escaleras hasta el balcón del primer piso–. ¿Es usted catalán, padre?

–¿Cómo lo ha sabido?

–Por su acento, padre. –El hombre sacó la llave, la hizo girar en la cerradura de su casa y el sacerdote pasó poco a poco junto a él, al parecer para dirigirse a las escaleras que subían al segundo piso.

El hombre abrió la puerta y se fue de bruces cuando de pronto el padre Montseny se dio media vuelta y lo empujó. El hombre cayó al suelo. Llevaba un cuchillo e inten-

tó sacarlo, pero el sacerdote le propinó una fuerte patada bajo la barbilla. La puerta de entrada se cerró y quedaron a oscuras. El padre Montseny se arrodilló encima del pecho del hombre y le puso su cuchillo en la garganta.

–No digas nada, hijo mío –le ordenó. Palpó por debajo de la capa empapada del hombre y encontró el cuchillo, lo cogió y lo arrojó al pasaje–. Sólo hablarás –dijo– cuando te pregunte. ¿Te llamas Gonzalo Jurado?

–Sí. –La voz de Jurado era apenas un susurro.

–¿Tienes las cartas de la puta?

–No –respondió Jurado, que chilló cuando el cuchillo del padre Montseny le atravesó la piel hasta tocar la mandíbula.

–Te harás daño si mientes –le dijo el sacerdote–. ¿Tienes las cartas?

–¡Sí, las tengo!

–Pues enséñamelas.

El padre Montseny dejó que Jurado se levantara. No se separó de él mientras Jurado se dirigía a una habitación que daba a la misma calle en la que el sacerdote lo había esperado. El eslabón golpeó el pedernal y se encendió una vela. Jurado vio entonces con más claridad a su asaltante y pensó que Montseny debía de ser un soldado disfrazado, pues no tenía aspecto de sacerdote. El suyo era un rostro alargado y sombrío, carente de compasión.

–Las cartas están a la venta –dijo Jurado, que a continuación soltó un grito ahogado porque el padre Montseny lo había golpeado en el estómago.

–Te dije que hablaras sólo cuando te preguntara –dijo el sacerdote–. Enséñame las cartas.

La habitación era pequeña pero muy confortable. Era evidente que a Gonzalo Jurado le gustaban los lujos. Había dos divanes delante de una chimenea vacía sobre la que colgaba un espejo de marco dorado. Había alfombras

en el suelo. En la pared de enfrente de la ventana destacaban tres cuadros, todos de mujeres desnudas. Debajo de la ventana que daba a la calle había una cómoda y el hombre, asustado, abrió uno de los cajones y sacó un paquete de cartas atadas con un cordón negro. Lo dejó sobre la cómoda y retrocedió.

El padre Montseny cortó el cordón y extendió las cartas sobre el tablero de cuero de la cómoda.

—¿Están todas?

—Las quince —respondió Jurado.

—¿Y la puta? —preguntó el padre Montseny—. ¿Todavía tiene alguna?

Jurado vaciló, pero entonces vio el reflejo de la luz de las velas en la hoja del cuchillo.

—Ella tiene seis.

—¿Se las guardó?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

Jurado se encogió de hombros.

—Tal vez le baste con quince. Quizá pueda vender las otras más adelante. Es posible que le siga teniendo cariño a ese hombre. ¿Quién sabe? ¿Quién entiende a las mujeres? Sin embargo... —Estaba a punto de hacer una pregunta, pero temió recibir un golpe por hablar cuando no le correspondía.

—Adelante —le dijo el padre Montseny al tiempo que cogía una de las cartas al azar.

—¿Cómo sabía lo de las cartas? No se lo dije a nadie, aparte de a los ingleses.

—Tu puta se confesó —dijo el padre Montseny.

—¡Caterina! ¿Fue a confesarse?

—Me dijo que lo hacía una vez al año —repuso el padre Montseny mientras le echaba un vistazo a la carta—, siempre el día de su santa patrona. Acudió a la catedral, le

contó a Dios sus muchos pecados y yo le concedí la absolución en su nombre. ¿Cuánto quieres por las cartas?

—Guineas inglesas —contestó Jurado—. Quince cartas, veinte guineas cada una. —Ahora se sentía más seguro de sí mismo. Guardaba una pistola cargada en el último cajón de la cómoda. Cada día comprobaba el muelle real y cambiaba la pólvora al menos una vez al mes. Y su miedo había disminuido ahora que había comprendido que Montseny era un sacerdote de verdad. Un sacerdote aterrador, sin duda, pero aun así era un hombre de Dios—. Si prefiere pagar con dinero español, padre —siguió diciendo—, entonces las cartas serán tuyas por mil trescientos dólares o duros españoles.

—¿Mil trescientos dólares? —respondió el padre Montseny con aire ausente. Estaba leyendo una de las cartas. Estaba escrita en inglés, pero eso no le suponía ningún problema puesto que había aprendido el idioma en Hampshire. El hombre que había escrito la carta estaba profundamente enamorado y el muy idiota había puesto su amor por escrito. Ese necio había hecho promesas, y la chica a la que se las hizo resultó ser una puta, y Jurado su chulo, y ahora el chulo quería chantajear al que había escrito las cartas.

—Tengo una respuesta. —El chulo se atrevió a hablar sin que lo invitaran a hacerlo.

—¿De los ingleses?

—Sí, padre. Está aquí. —Jurado señaló el último cajón de la cómoda.

El padre Montseny le dio permiso con un gesto de la cabeza, Jurado abrió el cajón y soltó un grito, pues un puño lo había golpeado con tanta fuerza que lo hizo retroceder tambaleándose. Chocó contra la puerta que tenía a sus espaldas, la puerta cedió y el hombre cayó de espaldas en el dormitorio. El padre Montseny cogió la pistola del cajón, abrió el rastrillo, sopló la pólvora y arrojó el arma así inutilizada hacia los divanes cubiertos de seda.

–¿Has dicho que recibiste una respuesta? –le preguntó como si nada hubiese ocurrido.

Jurado estaba temblando.

–Dijeron que pagarían.

–¿Has concertado el intercambio?

–No, todavía no –Jurado vaciló–. ¿Usted está con los ingleses?

–No, gracias a Dios. Yo estoy con la santísima Iglesia romana. Dime, ¿cómo te comunicas con los ingleses?

–Tengo que dejar un mensaje en las Cinco Torres.

–¿Dirigido a quién?

–A un tal señor Plummer.

Las Cinco Torres era un café de la calle Ancha.

–Así pues, en tu próximo mensaje, ¿le dirás a este tal Plummer dónde reunirse contigo? –preguntó el padre Montseny–. ¿Dónde tendrá lugar el intercambio?

–Sí, padre.

–Has sido muy amable, hijo mío –dijo el padre Montseny, y extendió la mano como si fuera a ayudar a Jurado a levantarse. Jurado, agradecido por la ayuda, permitió que lo levantara y hasta el último segundo no se dio cuenta de que el sacerdote lo estaba atrayendo hacia su cuchillo, que le tajó el cuello. El padre Montseny hizo una mueca cuando empujó la hoja hacia un lado. Le costó más de lo que había pensado, pero con un resoplido atravesó garganta, arteria y músculo con el acero afilado. El chulo se desplomó e hizo un ruido como de agua escurriéndose por un desagüe. Montseny sostuvo a Jurado hasta el suelo mientras éste agonizaba. Se había ensuciado, pero en la sotana negra no se notaría la sangre, que también se había escurrido a través de las tablas del suelo y gotearía en la talabartería que ocupaba gran parte de la planta baja del edificio. El chulo tardó más de un minuto en morir, y mientras tanto la sangre no dejó de deslizarse por entre los tablones, pero

al final Jurado murió y el padre Montseny hizo la señal de la cruz sobre el rostro del chulo y pronunció una breve plegaria por su alma difunta. Enfundó el cuchillo, se limpió las manos en la capa del muerto y regresó a la cómoda. Encontró un montón de dinero en uno de los cajones, se metió los billetes doblados en la caña de la bota izquierda y apiló las cartas. Las envolvió en una funda que le sacó a un cojín y luego, para asegurarse de que no se mojaran, se las puso debajo de la camisa, contra su piel. Se sirvió un vaso de jerez de una licorera y, mientras lo sorbía, pensó en la chica a la que iban dirigidas las cartas. Sabía que ella vivía a tan sólo un par de calles de distancia y que todavía tenía seis cartas, pero él tenía quince en su poder. Decidió que eran más que suficientes. Por otra parte, lo más probable era que la chica no estuviera en casa, sino atendiendo a algún cliente en una de las habitaciones más señoriales de Cádiz.

Apagó la vela de un soplido y volvió a la noche, en la que las olas rompían blancas en el borde de la ciudad y las grandes velas atronaban como cañones en la húmeda negrura. El padre Salvador Montseny, asesino, sacerdote y patriota, acababa de garantizar la salvación de España.

\* \* \*

Todo había empezado muy bien.

En la oscuridad iluminada por la luna, el río Guadiana corría por debajo de la compañía ligera del South Essex como una veta de plata fundida que fluía, lenta y voluminosa, entre negras colinas. El fuerte José, llamado así por el hermano de Napoleón, que era la marioneta francesa en el trono de España, se encontraba en la colina más cercana a la compañía, en tanto que el fuerte Josefina, que llevaba el nombre de la esposa repudiada del emperador, se alzaba en lo alto de una larga cuesta de la otra orilla. El

fuerte José estaba en Portugal, el Josefina en España, y los dos fuertes se hallaban unidos por un puente.

Habían enviado desde Lisboa a seis compañías ligeras a las órdenes del general de brigada sir Barnaby Moon. El general de brigada Moon era un hombre prometedor, un joven audaz, un oficial destinado a misiones más elevadas, y aquél era su primer mando independiente. Si lo hacía bien, si el puente quedaba destruido, sir Barnaby podría mirar hacia un futuro tan brillante como el río que se deslizaba entre las colinas oscurecidas.

Y todo había empezado muy bien. Las seis compañías fueron transportadas por el Tajo un neblinoso amanecer y luego continuaron su marcha por el sur de Portugal, que en teoría era un territorio ocupado por los franceses; sin embargo, los guerrilleros habían asegurado a los británicos que los franceses habían retirado sus pocas guarniciones, y así resultó ser. Ahora, apenas cuatro días después de abandonar Lisboa, habían llegado al río y al puente. No tardaría en rayar el alba. Las tropas británicas se hallaban en la orilla oeste del Guadiana, allí donde se había construido el fuerte José en una colina junto al río, y las murallas del fuerte se recortaban contra los vestigios de oscuridad de la noche con el resplandor de las hogueras que había detrás de la banqueta. El amanecer se imponía e iba atenuando dicho resplandor, pero de vez en cuando aparecía la silueta de un hombre en alguna de las troneras del fuerte.

Los franceses estaban despiertos. Las seis compañías ligeras británicas lo sabían porque habían oído las cornetas tocando diana, primero en el lejano Josefina y luego en el José; sin embargo, el hecho de que los franceses estuvieran despiertos no implicaba que se encontrasen en estado de alerta. Si despiertas a los hombres cada día en la fría oscuridad previa al alba, pronto aprenden a llevar sus sueños a las murallas. Podrá parecer que estén escrutando la oscu-

ridad, listos para un ataque al amanecer, pero en realidad están pensando en las mujeres que dejaron en Francia, en las mujeres que siguen durmiendo en los barracones del fuerte, en las mujeres que desearían que estuvieran durmiendo en el fuerte, en las mujeres con las que sólo podían soñar..., en las mujeres. Estaban amodorrados.

Y los fuertes habían permanecido tranquilos todo el invierno. Era cierto que había guerrilleros en aquellas montañas, pero rara vez se acercaban a los fuertes que disponían de cañones en las troneras, y los campesinos armados con mosquetes enseguida aprenden que no tienen ninguna posibilidad contra los emplazamientos de artillería. Los guerrilleros españoles y portugueses tendían emboscadas a los grupos de forrajeadores de las tropas francesas que sitiaban Badajoz, a unos cincuenta kilómetros al norte, o bien hostigaban a las fuerzas del mariscal Victor, que asediaba Cádiz a unos doscientos cuarenta kilómetros al sur.

Antes había cinco buenos puentes de piedra que cruzaban el Guadiana entre Badajoz y el mar, pero los ejércitos contendientes los habían hecho saltar por los aires y ahora aquel pontón francés era lo único que quedaba para conectar las fuerzas de asedio del emperador. No se utilizaba mucho. Viajar a Portugal o a España resultaba peligroso para los franceses porque los guerrilleros eran despiadados; sin embargo, una vez cada dos o tres semanas el pontón crujía bajo el peso de una batería de artillería, y cada pocos días un mensajero a caballo cruzaba el río escoltado por un regimiento de dragones. No eran muchos los habitantes de la zona que utilizaran el puente, pues pocos podían permitirse pagar el peaje, y aún menos eran los que querían arriesgarse a suscitar la animosidad de las guarniciones gemelas que, en consecuencia, normalmente podían dormir tranquilas. La guerra parecía quedar lejos, y por esa razón los defensores que que guarnecían las mura-

llas estaban soñando con mujeres en lugar de buscar a las tropas enemigas que habían seguido un camino de cabras desde las oscurecidas alturas hasta la negrura del valle al oeste del fuerte José.

El capitán Richard Sharpe, comandante de la compañía ligera del South Essex, no se encontraba en el valle. Estaba con su compañía en una colina al norte del fuerte. Tenía la tarea más fácil de la mañana, que consistía en crear una maniobra de diversión estratégica, lo cual significaba que ninguno de sus soldados moriría, ni siquiera resultaría herido. Sharpe se alegraba de ello, pero también era consciente de que no le habían asignado el trabajo fácil a modo de recompensa, sino porque no le caía bien a Moon. El general de brigada lo había dejado claro cuando las seis compañías ligeras le rindieron informes en Lisboa.

—Me llamo Moon —había dicho el general—, y usted goza de cierta reputación.

Sharpe, desconcertado por aquel brusco saludo, puso cara de sorpresa.

—¿La tengo, señor?

—No se haga el modesto conmigo, hombre —había dicho Moon, señalando con el dedo la insignia del South Essex, que mostraba un águila encadenada. Sharpe y su sargento, Patrick Harper, habían capturado aquel águila a los franceses en Talavera y una hazaña como aquélla, aseguró Moon, le daba fama a un hombre—. No quiero heroicidades, Sharpe —siguió diciendo el general de brigada.

—No, señor.

—Las guerras se ganan prestando un buen servicio como simples soldados —había dicho Moon—. Lo que cuenta es hacer bien las cosas corrientes. —Era cierto, sin duda, pero resultaba extraño viniendo de sir Barnaby Moon, cuya reputación era cualquier cosa menos corriente. Era joven, sólo tenía treinta y un años, había pasado poco más de un

año en Portugal y, no obstante, ya había cosechado cierta fama. Había comandado su batallón en Bussaco, donde, en la sierra por la que subieron y donde murieron los franceses, había rescatado a dos de sus tiradores galopando por entre las filas de sus soldados y matando a los captores con su espada. «¡Ningún maldito franchute capturaré a mis fusileros!», anunció mientras se llevaba a los dos hombres de vuelta. Sus soldados lo habían vitoreado y él se quitó el sombrero para hacerles una reverencia desde la silla. También se decía que era jugador y un implacable conquistador de mujeres y que, como era tan rico como atractivo, se le consideraba un donjuán de lo más exitoso. Decían que Londres era una ciudad más segura ahora que sir Barnaby se hallaba en Portugal, aunque sin duda habría una veintena o más de damas lisboetas que darían a luz unos bebés que al crecer tendrían el rostro delgado, el cabello rubio y los asombrosos ojos azules de sir Barnaby. En resumidas cuentas, era cualquier cosa menos un simple soldado, pero eso era exactamente lo que le pedía a Sharpe, y éste se mostraba encantado de complacerlo—. Conmigo no necesita adquirir fama, Sharpe –había dicho sir Barnaby.

–Trataré por todos los medios de no hacerlo, señor –había respondido Sharpe, por lo cual recibió una mirada desagradable y desde entonces Moon prácticamente le había hecho caso omiso. Jack Bullen, que era teniente de Sharpe, creía que el general de brigada tenía envidia.

–No sea bobo, Jack –le dijo Sharpe cuando se lo sugirió.

–En cualquier obra dramática, señor –insistió Bullen–, sólo hay sitio para un héroe. El escenario es demasiado pequeño para que haya dos.

–¿Acaso es un experto en obras dramáticas, Jack?

–Soy un experto en todo salvo en esas cosas que usted ya sabe –contestó Bullen, haciendo reír a Sharpe. A éste

le parecía que, en realidad, lo que sencillamente ocurría era que Moon compartía la desconfianza de la mayoría de oficiales hacia los soldados que habían ascendido desde la tropa. Sharpe se había alistado en el ejército como soldado raso, había servido como sargento y ahora era capitán, lo cual irritaba a algunos hombres que veían el ascenso de Sharpe como una afrenta al orden establecido, cosa que Sharpe decidió que a él ya le parecía bien. Él crearía la maniobra de diversión, dejaría que las otras cinco compañías combatieran, después regresaría a Lisboa y se uniría al batallón. Dentro de uno o dos meses, cuando la primavera llegara a Portugal, ellos marcharían rumbo al norte desde las líneas de Torres Vedras y perseguirían a las fuerzas del mariscal Masséna en España. En primavera habría combates de sobra, incluso para los advenedizos.

—Allí está la luz, señor —dijo Harper. Se hallaba tendido boca abajo en el suelo, junto a Sharpe, mirando al valle.

—¿Está seguro?

—Ahí está otra vez, señor. ¿La ve?

El general de brigada sostenía un farol cubierto y, levantando una de sus pantallas, podía emitir una luz débil que quedaría oculta a los franceses. La luz brilló de nuevo, debilitada por el amanecer, y Sharpe llamó a sus hombres.

—Ahora, muchachos.

Lo único que tenían que hacer era dejarse ver, no alineados y formados, sino desperdigados por la cima de la colina para parecer guerrilleros. El objetivo era conseguir que los franceses miraran hacia el norte y no se percataran del ataque que se avecinaba por el oeste.

—¿No tenemos que hacer nada más? —preguntó Harper—. ¿Sólo perder el tiempo aquí arriba?

—Más o menos —respondió Sharpe—. ¡En pie, muchachos! ¡Dejen que los franchutes los vean! —La compañía ligera era claramente visible en la línea del horizonte, y ha-

bía luz suficiente para permitirles ver que los franceses del fuerte José habían detectado su presencia. No había duda de que los oficiales de la guarnición enfocarían sus catalejos hacia la colina, pero los hombres de Sharpe llevaban puestos los capotes, de manera que sus uniformes, con sus característicos cinturones cruzados, no eran visibles, y él les había dicho que se quitaran los chacós para no parecer soldados.

–¿Podemos pegarles un tiro o dos? –preguntó Harper.

–No debemos crear nerviosismo –dijo Sharpe–. Sólo queremos que nos observen.

–Pero ¿podremos dispararles cuando se despierten?

–Cuando vean a los otros, sí. Les daremos un desayuno de casacas verdes, ¿eh?

La compañía de Sharpe era única en el sentido de que, mientras la mayoría de sus soldados portaban las casacas rojas de la infantería británica, otros iban uniformados con las casacas verdes de los batallones de rifles. Todo se debía a un error. Sharpe y sus fusileros habían quedado aislados de la retirada a La Coruña, por lo que se habían dirigido hacia el sur para reunirse con las fuerzas de Lisboa y allí ser adscritos temporalmente al South Essex de casaca roja y, sin saber por qué, aún seguían en él. Los casacas verdes empuñaban rifles. A la mayoría de personas un rifle les parecía un mosquete corto, pero la diferencia se hallaba oculta en el interior del cañón. El rifle Baker tenía siete estrías en espiral por toda la longitud del tubo que hacían girar la bala con una precisión mortífera. El mosquete era más rápido de cargar y de disparar, pero a más de sesenta pasos daba igual que cerraras los ojos en vez de apuntar. El rifle podía matar triplicando esa distancia. Los franceses no poseían rifles, lo cual significaba que los casacas verdes de Sharpe podían tumbarse en la colina y disparar a los defensores a sabiendas de que ningún soldado de la infantería que había en el fuerte José respondería a su fuego.

–Allá van –dijo Harper.

Las cinco compañías ligeras avanzaban cuesta arriba. Sus uniformes rojos parecían negros en la penumbra. Algunos de ellos llevaban unas escaleras cortas. Tenían una tarea desagradable, pensó Sharpe. Ante el fuerte se abría un foso seco y había por lo menos tres metros desde el fondo del mismo hasta lo alto del parapeto que, a su vez, estaba protegido por estacas afiladas. Los casacas rojas debían cruzar la zanja, colocar las escalas entre las estacas, trepar bajo el fuego de los mosquetes de los defensores y enfrentarse también a los disparos de los cañones, sin duda mucho peores. Los cañones franceses estaban cargados, naturalmente, pero ¿con qué? ¿Con balas o con botes de metralla? Si eran botes de metralla la primera descarga podía batir con dureza a las tropas de Moon, mientras que las balas causarían mucho menos daño. No era problema de Sharpe, que caminó por la cima procurando quedar perfilado contra el cielo que se iluminaba. Milagrosamente, los franceses seguían ajenos a los cuatrocientos soldados que se acercaban a ellos por el oeste.

–Adelante, muchachos –dijo Harper entre dientes, dirigiéndose no a todas las tropas atacantes, sino a la compañía ligera del 88º, los Connaught Rangers, un regimiento irlandés.

Sharpe no estaba mirando. De pronto le acometió la superstición de que si observaba el ataque, éste fracasaría. Se quedó mirando el río, contando los pontones del puente, unas sombras oscuras en la niebla que se retorció encima del agua. Decidió que los contaría y no miraría hacia el fuerte José hasta que no se efectuara el primer disparo. Calculó que había treinta y uno, lo cual significaba un pontón cada tres metros dado que la anchura del río era de poco más de noventa. Los pontones eran grandes, toscos, unas barcas chatas sobre las cuales se había tendido un cami-

no de madera. El invierno había sido lluvioso en el sur de la península Ibérica; el Guadiana estaba crecido y Sharpe se fijó en que el agua bullía al romper contra la proa roma del pontón. De todos los botes descendían las cadenas del ancla que se hundían en el río y entre ellos había una tensa urdimbre de cables sobre los que se colocaban las pesadas vigas que aguantaban los tablones que constituían la pasarela. Sharpe calculó que, probablemente, pesara más de cien toneladas, y el trabajo no se terminaría hasta que no se destruyera ese largo puente.

—Son unos cabrones adormilados —dijo Harper maravillado, seguramente refiriéndose a los defensores del fuerte José, pero Sharpe no iba a mirar. Estaba contemplando el fuerte Josefina de la otra orilla, donde vio a unos hombres agrupados en torno a un cañón. Retrocedieron y el cañón disparó, escupiendo un sucio humo por encima de la niebla del río que ya se disipaba. Habían disparado un bote de metralla. El recipiente de hojalata, abarrotado de balas, se desgarró al salir de la boca del cañón y las balas de media pulgada azotaron el aire cerca de la cima en la que estaba Sharpe. El estruendo del cañón atronó y resonó por el valle del río.

—¿Le han dado a alguien? —preguntó Sharpe. Nadie respondió.

El cañonazo sólo sirvió para que los defensores del fuerte más cercano miraran más atentamente hacia la colina. En aquellos momentos estaban apuntando uno de sus cañones, intentando elevarlo para que el bote de metralla rozara la línea del horizonte.

—Mantengan la cabeza agachada —dijo Sharpe. Entonces oyó un apagado traqueteo de fusilería y se atrevió a volver la mirada en dirección al ataque.

Ya casi había terminado. Había casacas rojas en el foso, más en las escalas y, mientras observaba, Sharpe los

vio entrar en tropel por encima del parapeto y cargar con la bayoneta contra los franceses de uniforme azul. Sus fusileros no eran necesarios.

—Que no los vea ese maldito cañón —gritó, y sus soldados se alejaron a toda prisa de la cima. Otro cañón disparó desde el fuerte del otro lado del río. Una bala de mosquete alcanzó el borde del capote de Sharpe y a su lado otra levantó una ráfaga de rocío de la hierba; entonces se alejó de la cima y se escondió de los distantes artilleros.

Desde el fuerte José no se disparó ningún cañón. A la guarnición la habían sorprendido completamente desprevenida y en aquellos momentos ya había casacas rojas en el centro del fuerte. Un tumulto de franceses dominados por el pánico corría alejándose de la puerta este con la intención de cruzar el puente y ponerse a salvo en el fuerte Josefina, situado en la ribera española. Los disparos de mosquete eran más lentos. Había quizás una docena de franceses capturados, el resto huía y parecía haber montones de ellos corriendo hacia el puente. Los casacas rojas, profiriendo sus gritos de guerra al amanecer, esgrimían bayonetas que fomentaron la aterrada huida. Se arrió la bandera tricolor francesa antes incluso de que las últimas tropas atacantes hubieran cruzado la zanja y el muro. Así de rápido había sido todo.

—Ya hemos hecho nuestro trabajo —dijo Sharpe—. Bajemos al fuerte.

—Ha sido fácil —comentó Bullen alegremente.

—Todavía no se ha terminado, Jack.

—¿Se refiere al puente?

—Hay que destruirlo.

—De todos modos, lo peor ya está hecho.

—Eso es cierto —repuso Sharpe. Le caía bien el joven Jack Bullen, un chico campechano de Essex, trabajador y muy paciente. A los soldados también les gustaba Bullen.

Los trataba con justicia, con la confianza que otorgaba el privilegio, pero era un privilegio atenuado siempre por la alegría. Sharpe lo consideraba un buen oficial.

Descendieron en fila por la colina, atravesaron el valle rocoso, cruzaron un pequeño arroyo de agua fría que bajaba de las montañas y ascendieron por la siguiente ladera hacia el fuerte, donde las escalas seguían apoyadas contra el parapeto. De vez en cuando un cañón disparaba desde el fuerte Josefina, pero las balas quedaban desperdiciadas contra las fajinas llenas de tierra que coronaban el parapeto.

—Ah, está aquí, Sharpe. —El general de brigada Moon lo saludó. De pronto se mostraba afable, la euforia de la victoria disipó su antipatía hacia Sharpe.

—Felicidades, señor.

—¿Cómo dice? ¡Ah, gracias! Es muy generoso por su parte. —Lo cierto era que Moon parecía conmovido por el elogio de Sharpe—. Fue mejor de lo que me atrevía a esperar. Allí hay té preparado. Que sus muchachos tomen un poco.

Los prisioneros franceses estaban sentados en el centro del fuerte. En los establos habían encontrado una docena de caballos a los que en aquellos momentos ensillaban, seguramente porque Moon, que había emprendido la marcha desde el Tajo, consideraba que se había ganado el privilegio de regresar a caballo. Un oficial capturado se hallaba de pie junto al pozo, observando con desconsuelo a las victoriosas tropas británicas que registraban con regocijo las mochilas francesas aprehendidas en los barracones.

—¡Pan francés! —El comandante Gillespie, uno de los ayudantes de campo de Moon, le lanzó una hogaza a Sharpe—. Todavía está caliente. Esos cabrones viven bien, ¿no cree?

—Pensé que tendrían que estar muriéndose de hambre.

–No, aquí no. Esta tierra es un lugar de leche y miel.

Moon trepó a la banqueta del lado este, la que daba al puente, y empezó a mirar dentro de los polvorines preparados junto a los cañones. Los soldados de artillería del fuerte Josefina vieron su casaca roja y abrieron fuego. Utilizaban botes de metralla y sus proyectiles traquetearon contra el parapeto y pasaron silbando por lo alto. Moon hizo caso omiso de las balas.

–¡Sharpe! –gritó, y aguardó a que su fusilero subiera al muro–. Ha llegado el momento de que se gane la paga, Sharpe –dijo. Sharpe no respondió, se limitó a observar mientras el general de brigada examinaba detenidamente el interior de un polvorín–. Balas de cañón –anunció Moon–, granadas comunes y metralla.

–¿No hay botes de metralla, señor?

–Sólo metralla, definitivamente metralla. Me imagino que son reservas navales. A esos cabrones ya no les quedan barcos y han mandado la metralla aquí. –Dejó caer la tapa del polvorín y miró hacia el puente–. Las granadas comunes no van a romper esa mole, ¿verdad? Ahí abajo hay una veintena de mujeres. En los barracones. Que unos cuantos de sus muchachos las acompañen al otro lado del puente, ¿quiere? Entrégueselas a los franceses y salúdelos de mi parte. El resto de sus hombres puede ayudar a Sturridge. Dice que tendrá que volar el otro extremo.

El teniente Sturridge pertenecía al cuerpo de Ingenieros Reales y su trabajo consistía en destruir el puente. Era un joven nervioso que parecía tenerle terror a Moon.

–¿El otro extremo? –preguntó Sharpe, que quería asegurarse de haberlo oído bien.

Moon pareció exasperado.

–Si rompemos el puente por este extremo, Sharpe –explicó con exagerada paciencia, como si estuviera hablando con un niño pequeño y no muy listo–, esta maldita cosa

flotará corriente abajo pero seguirá unida a la otra orilla. Entonces los franceses podrán salvar los pontones. No tiene mucho sentido venir hasta aquí y dejar a los franceses con un puente de pontones que todavía sirve y que pueden reconstruir, ¿no le parece? Pero si lo rompemos por el extremo español, los pontones vendrán a parar a esta orilla y podremos quemarlos. –Una carga de metralla pasó silbando por encima de sus cabezas y el general de brigada dirigió una mirada de enojo al fuerte Josefina–. Póngase manos a la obra –le dijo a Sharpe–. Mañana al amanecer quiero estar lejos de aquí.

Un piquete de la compañía ligera del 74<sup>o</sup> vigilaba a las dieciocho mujeres. Seis de ellas eran esposas de oficiales que se mantuvieron apartadas del resto, tratando de mostrar entereza.

–Se las llevará usted –dijo Sharpe dirigiéndose a Jack Bullen.

–¿Yo, señor?

–A usted le gustan las mujeres, ¿no?

–Por supuesto, señor.

–Y habla un poco su horrible idioma, ¿no es así?

–Increíblemente bien, señor.

–Pues lleve a estas damas al otro lado del puente y acompañelas hasta el fuerte.

Mientras el teniente Bullen convencía a las mujeres de que no les iba a pasar nada y de que tenían que recoger su equipaje y prepararse para cruzar el río, Sharpe se fue a buscar a Sturridge y encontró al ingeniero en el polvorín principal del fuerte.

–Pólvora –dijo Sturridge, saludando a Sharpe. Había arrancado la tapa de un barril y estaba probando la pólvora–. Es una pólvora la mar de mala. –La escupió con una mueca–. Dichosa pólvora francesa. No es más que polvo. Y además está húmeda.